

## *Las culturas del Mar*

JUAN MANUEL GARCÍA RAMOS  
Universidad de La Laguna

### **Preliminar**

En 1970 el ensayista uruguayo Ángel Rama, desaparecido trágicamente, publicó, en el número sesenta de la revista *Casa de las Américas*, un largo trabajo sobre los problemas del novelista latinoamericano donde propuso dividir al continente y a las islas liberadas por Bolívar en cinco comarcas culturales. Una de esas comarcas era el Caribe, donde «el mar, las islas, la mezcla racial, tan intensamente productiva de cultura» han determinado un imaginario reconocible pero diverso.

Desde el Caribe han escrito autores como Carpentier, Sarduy, Nivaria Tejera, Aimé Césaire o Derek Walcott. Sus obras manifiestan lecturas particulares de un mismo espacio físico y espiritual. Se trata de relacionar esas lecturas y de encontrar en ellas la unidad de una rica diversidad.

La historia de los hombres tiene lugar siempre sobre una geografía, aunque a veces cree su propia geografía más allá de los mapas y los portulanos levantados por los cartógrafos. La historia del Mediterráneo de Fernand Braudel desborda los márgenes de ese mar de la Antigüedad clásica, como la historia del Atlántico de Antonio Rumeu de Armas supera los contornos de un océano sin nombre hasta la conquista americana.

¿Es el Caribe una simple prolongación de ese «mar ignoto» de otro tiempo, o su historia está encerrada entre sus fronteras naturales?

Si uno lee cualquier página de la ambiciosa obra de Rumeu de Armas (*Canarias y el Atlántico. Piraterías y ataques navales*, segunda edición de 1991 con nuevo título respecto a su primera edición que apareció en 1947

como *Piraterías y ataques navales contra las Islas Canarias*), podrá comprobar cómo queda de manifiesto la vieja teoría de Braudel sobre el tiempo inmóvil de la geografía, el tiempo lento de la economía y la organización política, y un tercer tiempo mucho más fluido que corresponde a los acontecimientos.

En la página 607 del primer tomo de la obra de Rumeu de Armas, dedicada a la personalidad histórica de Francis Drake, nos encontramos con esta enumeración vertiginosa de espacios abarcados:

Dos años más tarde, en 1572, contando ya Drake en su haber no solo con la protección de John Hawkins, sino con la de importantes mercaderes de Londres (atraídos por la fama de sus primeras hazañas, y bien seguros del fruto de las futuras empresas), pudo armar dos navíos, el «Parcha» y el «Swan», y lanzarse al Océano en prosecución de sus hazañas. Es muy posible que en este viaje, como quizá en el anterior, Drake recalase con sus navíos en las Islas Canarias, pues consta su repetido trato comercial con el conde de La Gomera y su desmedida afición por el vino malvasía de Tenerife, del que solía llevar muy bien aprovisionadas las naves. Drake recorrió con diversa suerte las costas de Centroamérica, deteniéndose en la ciudad del Nombre de Dios, y capturando en los alrededores de ella un cuantioso botín en metales preciosos, al sorprender al convoy de mulas que lo transportaba desde las costas del Pacífico para ser embarcado a la metrópoli. Ochenta mulas cargadas de oro y plata fueron presa de las garras de los piratas ingleses, usando Drake de esta estrategia de «encrucijada», tan poco brillante y heroica, y contando aún para ello con la complicidad y ayuda de los negros cimarrones. A renglón seguido el temible corsario recorrió con sus navíos las Antillas, refugiándose más tarde en Cartagena, ciudad en cuyo puerto logró apoderarse de tres navíos españoles. Sus pasos se encaminaron entonces a la captura de los tesoros del Perú, que con intermitencias fijas se cargaban en recuas, dirigiéndose por el istmo, para ser transportados a España; mas no atreviéndose a retornar a Nombre de Dios, concibió Drake la diabólica idea de introducirse tierra adentro, tratando de sorprender a los españoles en el camino a Panamá. Durante cinco meses se mantuvo Drake apostado con hombres en espera del ansiado tesoro, fallándole el golpe a última hora por imprudencia de unos corsarios. Las costas de Méjico fueron esta vez teatro de sus depredaciones: saqueó Veracruz, se asoció con un pirata francés, el capitán Guillaume Le Testu, y después de

otras pequeñas operaciones de escasa trascendencia, emprendió el regreso a Inglaterra, arriando velas en Plymouth, el 29 de agosto de 1573...

¿Dónde podrían ser encerrados todos esos hechos protagonizados por Francis Drake? ¿En la historia de Inglaterra, en la de la España colonial, en la historia particular de las Islas Canarias, como hace Rumeu, o en la del Caribe de nuestros días?

La historia no es sólo el cuento de nunca acabar —el príncipe Fabrizio de Salina de *El Gatopardo* diría categóricamente: la historia no existe—, sino, muchas veces, la narración de espacios ilimitados. O al menos no ceñidos a la lógica geográfica.

Y si la historia se toma esas libertades, ¿cómo se comportará la literatura escrita sobre esos mismos escenarios?

Dónde podrá empezar la literatura del Atlántico y terminar la literatura del Caribe; o viceversa.

Con respecto a Canarias y a parte de ese Caribe, lo dijo en 1940, desde su experiencia viajera y científica, el antropólogo polaco Bronislaw Malinowski, en el prólogo a una obra excepcional de otro antropólogo e historiador cubano, Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*:

He conocido y amado Cuba desde los días de una lejana y larga estancia mía en las Islas Canarias. Para los canarios Cuba era la «tierra de promisión», a donde iban los isleños a ganar dinero para retornar a sus nativas tierras en las laderas del Pico del Teide o alrededor de la Gran Caldera, o bien para arraigarse por vida en Cuba y sólo volver a sus patrias islas por temporadas de descanso, tarareando canciones cubanas, pavoneándose con sus modales y costumbres criollas y contando maravillas de la tierra hermosa donde señorea la palma real, donde extienden su infinito verdor los cañaverales que dan el azúcar y las vegas que producen el tabaco.

Por poner un ejemplo de este siglo, hasta seis vapores mensuales, además de varios veleros, llegaron a partir de los puertos canarios rumbo a Santiago y La Habana en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Tal era el grado de vecindad comercial y anímica entre tierras tan distantes. La caña de azúcar fue llevada a Cuba desde las Canarias por Cristóbal Colón y, más tarde, los canarios constituirían la mano de obra hegemónica del cultivo y la prepara-

ción del tabaco en Cuba para su comercio en el mundo. Un canario funda en su día la literatura cubana con un poema de calidad discutible, pero donde se practica por primera vez una revolución idiomática.

En el número diecisiete de la revista española *Síntesis*, dedicado monográficamente al Caribe, se nos advierte de la diversidad geográfica, política y cultural de tal área, unificada por el mar del mismo nombre, extensión, como dijimos, del Océano Atlántico, con una longitud de 3. 000 kilómetros y una anchura de 1.800, cerrado por el Norte y el Este por una constelación de islas que reciben el nombre de Grandes y Pequeñas Antillas. Por el Oeste y el Sur, el Caribe limita con América Central, Venezuela y Colombia. Las Grandes Antillas abarcan, principalmente, los territorios de Bahamas, Caimanes, Cuba, Haití, República Dominicana, Jamaica, Puerto Rico, mientras que las Pequeñas Antillas comprenden, básicamente, Antigua y Barbuda, Barbados, Dominica, Granada, Guadalupe, Martinica, Santa Lucía, San Vicente y Granados, y Trinidad y Tobago. En el conjunto de las islas vive una población de más de treinta millones de habitantes. Los cuatro grupos lingüísticos más significativos son el español, el inglés, el francés y el holandés, conformando los hispanohablantes casi los dos tercios de toda la población, seguidos por los ingleses, con un diecisiete por ciento de la misma. El sistema político comprende a dieciséis estados independientes y un conjunto de países que se podrían definir genéricamente como estados asociados. Cultural y étnicamente es importante reseñar la herencia de los antiguos habitantes de la familia lingüística de los araucos (caribes y taínos) y la presencia posterior de africanos, de hindúes y de chinos.

Esa diversidad geográfica, política y cultural nos coloca frente a uno de los territorios más mestizos del planeta, donde convergen cosmogonías de lo más diversas y múltiples formas de expresar la vida y sus complejidades. Desde Silvestre de Balboa a Saint-John Perse, desde Aimé Césaire a Alejo Carpentier, desde Nicolás Guillén a Gabriel García Márquez o Derek Walcott. Todos han escrito desde una concepción de cada uno de sus presentes definida en 1990 por Octavio Paz en su discurso de recepción del Premio Nobel:

Los poetas saben una cosa: el presente es la fuente de todas las presencias.

Según nos señala el poeta y ensayista Alain Jouffroy al hablar de la poesía de Walcott y de su vinculación a las Antillas,

la verdad práctica de nuestra nueva modernidad es un reflejo de todo aquello que nos separa de nuestras raíces y de todo aquello que nos cierra el horizonte. La lectura del poeta Derek Walkott nos lanza a la vez a todos los lugares y a todos los tiempos, cualesquiera que sean las lenguas con las que hay que entenderse<sup>1</sup>.

El mismo Walkott lo ha confesado al interrogarse:

¿Dónde están vuestros monumentos, vuestras batallas, vuestros Señores mártires? ¿Dónde está vuestra historia tribal? En esta gris caja fuerte. El mar, el mar los ha encerrado. El mar es la Historia.

**El mar es la Historia** y ese mar nos trae aquí a hablar de sus imprecisos contornos y de su literatura.

«El mar de las lentejas», lo llamó en su día el cosmógrafo Guillaume Le Testu y muchos años más tarde, en 1979, Antonio Benítez Rojo publicaba en La Habana una novela con el mismo nombre.

La literatura del Caribe, según la crítica chilena Ana Pizarro, nos aproxima a la unidad plural de ese espacio cultural y evidencia una misma preocupación temática: «la historia de la región con su multiplicidad de episodios propios más bien del mundo de la ficción. Revoluciones, piratería, migraciones, exilios, etc., han constituido la historia cotidiana de esta zona»<sup>2</sup>.

La novela de Antonio Benítez Rojo, reeditada ahora en España, debe ser leída en paralelo a un ensayo del mismo autor: *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*<sup>3</sup>, pues ambos proyectos se complementan y nos ayudan a descifrar con mayor comodidad las preocupaciones míticas de Benítez Rojo.

A Antonio Benítez Rojo lo conocí en Puerto Rico en 1982, durante el XXI Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana y allí tuve noticia de su novela. Benítez Rojo me comentó, en ese primer encuentro, que *El mar*

<sup>1</sup> Alain Jouffroy. «Derek Walkott, vagabundo de las Antillas», *Cuatro semanas y Le Monde Diplomatique*, Barcelona, número 2, marzo de 1993, págs. 32-33.

<sup>2</sup> Ana Pizarro. «La noción de literatura latinoamericana y del Caribe como problema historiográfico», *La literatura latinoamericana como proceso*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985, págs. 132-144.

<sup>3</sup> Obra reeditada en español en «edición definitiva», según el autor, en Barcelona, Editorial Casiopea, 1998.

de las lentejas hablaba de Canarias, de Adeje y de la familia Ponte, y meses más tarde me envió una fotocopia de la misma, pues en ese momento la edición cubana se encontraba agotada. La leí con curiosidad y desde aquel momento la he citado cada vez que me he referido a la vinculación de las Canarias con la literatura de nuestra América.

*El mar de las lentejas* es la novela de un hombre del Caribe, escrita desde el Caribe, con las preocupaciones señaladas para la literatura de esa zona por Ana Pizarro, y sin duda puede ser considerada un paradigma de esa literatura.

¿Por qué razones?

Dije antes que era conveniente leer esa obra al mismo tiempo que el ensayo *La isla que se repite* —en su día Sartre recomendaba leer *El mito de Sísifo* para comprender mejor *El extranjero* de Camus—, y quiero justificar mi propuesta.

Detengámonos antes en situar la figura de Antonio Benítez Rojo dentro de las letras cubanas de las últimas décadas. La profesora Marina Gálvez Acero, en una de las conferencias («La novela contemporánea del Caribe de habla española») impartidas dentro del curso «Culturas del Caribe. Pluralidad e identidad», organizado en marzo de 1994 en Santa Cruz de Tenerife por la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, situaba a Antonio Benítez Rojo y a la novela de la que nos ocupamos aquí, dentro de la franja de novelistas que publican sus obras con posterioridad al periodo de «dogmatismo y burocratización» correspondiente a la primera mitad de la década de los setenta. Gálvez Acero advierte en esos años negros una degradación de la narrativa cubana reconocible en:

1. la «simplificación mimética de las formas precedentes»;
2. la «creación de estereotipos, o personajes planos»;
3. el «retoricismo»;
4. el «escaso interés por lo formal, incluida la recreación de lenguajes»;
5. la «rigidez»;
6. el «énfasis en los contenidos»;
7. la «seriedad didáctica»...

Sólo a partir de 1975, con la novela *El pan dormido* de José Soler Puig, y con la creación del Ministerio de Cultura cubano, se aprecia una «rectificación» de los errores señalados anteriormente y una consecuente liberalización del oficio creador. Además de la novela de Soler Puig, Gálvez Acero fija

su atención en *El comandante veneno* (1977), de Manuel Pereira, en *Caudillo de difuntos* (1975), la cuarta novela de David Buzzi, en *Los guerrilleros negros* (1975), de César Leante, y, entre otros títulos, en *El mar de las lentejas* (1979), de Antonio Benítez Rojo. Según Gálvez Acero, en esos títulos, se detectan ya los nuevos rumbos de la narrativa cubana posterior:

1. «comienzan a desaparecer los esquemas rígidos de héroes y anti-héroes, de buenos y malos u otros de esa índole»;
2. desaparece también «la literatura triunfalista o didáctica; el foco de atención suele pasar del proceso revolucionario o sus antecedentes a los acontecimientos cotidianos, concretos, o singulares, incluso aquellos más irrelevantes, aunque el transfondo de la historia se siga abriendo a los grandes panoramas histórico-sociales...»;
3. «se aprecia una mayor voluntad de exploración en temas y lenguajes...»;
4. «también es ostensible un mayor interés por lo lúdico, un frecuente tono desenfadado y paródico, pero sin las motivaciones subversivas que tuvo durante el «boom»;
5. «es evidente la intención de desmitificar los grandes temas. De limitar la universalidad a lo local, la totalidad a lo parcial»;
6. «se acusa en ocasiones un mayor lirismo»;
7. «se aprecia asimismo la presencia de elementos mágicos o maravillosos, aunque de forma simplificada y con referentes más ostensibles»;
8. «aparecen mayoritariamente utilizados procedimientos como la meta-ficción y la intertextualidad, que entre otras finalidades se ponen al servicio de una tajante separación entre la realidad y la escritura, o de una desmitificación del autor-creador o autor-estrella».

¿Pero al margen de todas estas posibles filiaciones generacionales, por qué razones hemos de considerar primordialmente *El mar de las lentejas* como una novela del Caribe?

En la «Introducción» de *La isla que se repite*, Benítez Rojo nos hace algunas precisiones sobre las dimensiones culturales de su mar de origen:

¿Cual sería entonces la isla que se repite... Ciertamente, ninguna de las que conocemos. Ese origen, esa isla-centro, es tan imposible de fijar como aquella hipotética Antilia que aparecía una y otra vez, siempre de manera furtiva, en los portulanos de los cartógrafos. Esto

es así porque el Caribe no es un archipiélago común, sino un meta-archipiélago..., y como tal tiene la virtud de carecer de límites y de centro. Así, el Caribe desborda con creces su propio mar...<sup>4</sup>

Más adelante:

la cultura de los Pueblos del Mar expresa el deseo de conjurar la violencia social remitiéndose a un espacio que sólo puede ser intuido a través de lo poético, puesto que siempre presenta una zona de caos.

Y ya al final de esa «Introducción»:

En el caso del Caribe, es fácil ver que lo que llamamos cultura tradicional se refiere a un *interplay* de significantes supersincréticos cuyos «centros» principales se localizan en la Europa preindustrial, en el subsuelo aborigen, en las regiones subsaharianas de África y en ciertas zonas insulares y costeras del Asia meridional.

La literatura del Caribe puede leerse como un texto mestizo, pero también como un flujo de textos en fuga en intensa diferenciación consigo mismos y dentro de cuya compleja coexistencia hay vagas regularidades, por lo general paradójicas. El poema y la novela del Caribe no son sólo proyectos para ironizar un conjunto de valores tenidos por universales; son, también, proyectos que comunican su propia turbulencia, su propio choque y vacío, el arremolinado *black hole* de violencia social producido por la encomienda, la plantación, la servidumbre del *coolie* y del hindú; esto es, su propia Otreidad, su asimetría periférica con respecto a Occidente.

¿Qué es *El mar de las lentejas*, sino la puesta en práctica en clave de prosa narrativa de todos esos pensamientos teóricos?

Para los que conocimos la novela antes de leer el ensayo de Benítez Rojo, esas páginas posteriores no hacen sino afianzar algunas de nuestras conjeturas.

El Caribe de la novela de nuestro autor es efectivamente ese flujo de textos en fuga que al fin conseguirán la unidad tras la lectura. Para Antonio Benítez Rojo el mestizaje no es más que una concentración de diferencias y

---

<sup>4</sup> Antonio Benítez Rojo. *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*, Hanover, Ediciones del Norte, 1989, h. V.

desde esa perspectiva está montada la obra. Vidas paralelas a lo Plutarco, la agonía en su lecho de Felipe II, las aventuras de Anton Babbista, un soldado llegado a La Española en el segundo viaje de Colón, los hechos protagonizados por miembros de la familia Ponte tinerfeña, fundamentalmente por Cristóbal y Pedro de Ponte, y los enfrentamientos de Pedro Menéndez de Avilés con los franceses en la península de la Florida, constituyen el tejido de esta novela histórica de Benítez Rojo.

Para Jaume Pont, autor del prólogo de la edición de Plaza y Janés<sup>5</sup>, esas historias, no obstante, serían objeto de una cierta jerarquía:

La agonía de Felipe II —dice Pont— marca el «inicio a fine» de la novela. Es la justificación estructural del desarrollo del acontecer. La narración se remonta desde este punto a tres nuevas estampas históricas que, una a una y de forma alternativa, progresan temporalmente hasta encontrar su emplazamiento cíclico. La independencia de cada una de estas estampas históricas... es sólo aparente. En realidad sus hilos temáticos no hacen otra cosa que dar unidad de sentido al foco central de un significado que recae en la miseria física —y, por extensión, moral— de un rey postrado en su lecho de muerte.

Se trata de la lectura que hace Pont, legítima, por otra parte, pero no exclusiva, claro está. Para nosotros esa jerarquía no es tan evidente.

En la novela de Benítez Rojo, cada una de las cuatro historias contadas merece siete capítulos de desarrollo, y ese trato igualitario nos remite a la relativa importancia de cada una de ellas dentro del fresco que todas componen de una época reconocible: el año de la muerte de Felipe II (1598), el segundo viaje de Colón (1493-1496), la vida de Pedro Ponte desde su nacimiento en Garachico en 1505 hasta su declaración en favor de Thomas Nichols en 1560 y algunos años posteriores, y la incursión de Pedro Menéndez de Avilés en La Florida (1565-1567). No son historias sincrónicas, aunque sí parecen alojadas con preferencia en el espacio atlántico y aluden a la rivalidad de las naciones europeas en su esfuerzo por hacerse con el poder en América. A la inquietud de dos mundos en colisión. Los protagonistas de la novela de Benítez Rojo son ejemplos certeros de esa inquietud colectiva.

---

<sup>5</sup> Citamos por la edición de Plaza & Janés de 1984.

A nuestro entender, el eje de la novela no está en la agonía de Felipe II, por mucha simbología que en nosotros despierte, sino en la demostración que nos hace el autor de cómo América se había convertido en un simple botín para los europeos y de cómo el Caribe fue el primer eslabón de esa carrera internacional.

Benítez Rojo atrasa los relojes del tiempo común y viaja a la semilla de la historia compartida a un lado y a otro del Atlántico.

Improvisa sus calas en esa historia con la inteligencia rítmica de un percussionista y, de pronto, nos vemos envueltos en los siglos épicos sin apenas habérselo propuesto. «El discurso caribeño... tiene mucho de premoderno —según Benítez Rojo—; además, para colmo, se trata de un discurso contrapuntístico que visto a la caribeña parecería una rumba, y visto a la europea el flujo perpetuo de una fuga del Barroco, donde las voces se encuentran sin encontrarse jamás».

El siglo transitado por Benítez Rojo en *El mar de las lentejas* es una suerte de *Manhattan Transfer* histórico. No la imagen de la ciudad de Dos Passos desde 1890 a 1925, facilitada desde los distintos acentos de sus habitantes de a pie, sino la diversidad discursiva de los protagonistas de unos hechos legendarios.

Las riquezas de esa América primera que fue el Caribe, deciden la suerte del Imperio en entredicho de Felipe II, el egoísmo primario del soldado Antón Bartista, las ansias de expansión comercial de los Ponte y de los Hawkins, y hasta la moral castrense de los hombres que acompañan a Menéndez de Avilés en su guerra santa en La Florida y en su búsqueda ansiosa de la Fuente de la Eterna Juventud.

Sobre la construcción de *El mar de las lentejas* gravita la concepción del género narrativo defendida por el filólogo ruso Mijail Bajtin, tan citada pero tan útil para llegar a saber lo que se ha propuesto Benítez Rojo en su obra:

La novela es la diversidad social, organizada artísticamente, del lenguaje... El discurso del autor y del narrador, los géneros intercalados, los lenguajes de los personajes no son sino unidades compositivas fundamentales, por medio de las cuales penetra el plurilingüismo en la novela; cada una de esas unidades admite una diversidad de voces sociales y una diversidad de relaciones, así como correlaciones entre ellas (siempre dialogizadas, en una u otra medida). Esas relaciones y correlaciones espaciales entre los enunciados y los lenguajes, ese movimiento del tema a través de los len-

guajes y los discursos (retengamos especialmente estos extremos), su fraccionamiento en las corrientes y gotas del plurilingüismo social, su dialogización, constituyen el aspecto característico del estilo novelesco<sup>6</sup>.

En *El mar de las lentejas*, Benítez Rojo pone en práctica muchos de estos procedimientos inventariados por Bajtin. Desde el lenguaje tradicional de la tercera persona de los primeros capítulos que narra con objetividad las últimas horas de Felipe II:

Una mosca, posiblemente adormilada por el crepúsculo, cae de la ventana próxima y se enreda en el vello de una de sus cejas. Murmurando algo ininteligible, el alabardero aparta de sí al insecto con un recio ademán de su mano, pero el golpe, proyectado con demasiada fuerza, despega su hombro de la pared... (págs. 13-14),

hasta la primera persona de los episodios correspondientes a Menéndez de Avilés, que nos son referidos por su yerno Pedro de Valdés, y en los que Benítez Rojo reconstruye a su modo la lengua española del siglo XVI. Asimismo se recurre al diálogo, en pasajes del segundo periplo de Colón, en pasajes de la misma agonía de Felipe II o de la aventura de Avilés, con lo que Benítez Rojo consigue acercarnos al ánimo fresco de esos protagonistas, a los cuales accedemos además por otras vías, como la rememoración de Felipe II ensayada en el capítulo XIV.

Atractiva resulta también la narración en segunda persona en función de primera, el tú desdoblamiento y reflejo del yo practicado por Benítez Rojo en episodios interpretados por Antón Bábista, una voz de la conciencia —como la usada por Michel Butor en *La modificación* (1957) y por Carlos Fuentes en *La muerte de Artemio Cruz* (1962)— que lo guía por sus fracasos de descubridor sin gloria:

Ahí vas, Antón Bábista, creyéndote todo un duque desde la altura de tu hamaca piojosa, los pies podridos de niguas y mazamorra, las ingles reventonas de bubas que no acaban de sanar las aguas de guayacán; ahí vas, espantando mosquitos y guasasas y sudando la fiebre del mediodía... (pág. 125).

<sup>6</sup> Mijail Bajtin. *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1989, pág. 81.

Y además de esos procedimientos narrativos, cabe reseñar también la presencia de escuetas cronologías en la novela, como la aportada sobre Pedro de Ponte, o el uso de material epistolar, como es el caso de las misivas recibidas por los banqueros Fugger sobre el desastre de la Armada Invencible.

Todos esos registros de la lengua empleados por Benítez Rojo en su novela, nos permiten acceder ventajosamente a los hechos, a las reacciones íntimas y los deseos no expresados por el edificio de palabras de la prosa oficial de la historia y las crónicas. La literatura se aparta de la versión burocrática y arriesga ante nosotros lo que pudo o debió haber ocurrido, en su pura misión aristotélica.

Recordemos al Benítez Rojo de *La isla que se repite*:

Claro, como los códigos de la naturaleza no son limitados ni fijos, ni siquiera inteligibles, la cultura de los Pueblos del Mar expresa el deseo de conjurar la violencia social remitiéndose a un espacio que sólo puede ser intuido a través de lo poético...

El poeta, el narrador en este caso, es comparable al que sueña despierto, o al que sueña dormido —diríamos con palabras de Jean Starobinski-; pero ostenta, más que los otros hombres, el poder de manifestar la vida afectiva, privilegio que lo convierte —Freud estaba convencido— en un mediador entre la oscuridad de la pulsión y la claridad del saber sistemático y racional»<sup>7</sup>.

La historia de *El mar de las lentejas* es la historia intuida. «La historia genética», le gustaría decir a mi amigo el novelista argentino Abel Posse. Esa historia que llega hasta nosotros a través de nuestras venas; lo que quedó en el aire y no fue apresado en los legajos.

Con su novela, Benítez Rojo se incorpora a la lista de notables de Alejo Carpentier. En julio de 1979, en la televisión cubana, el autor de *El siglo de las luces*, declaraba:

Los grandes hombres cuyos nombres acabo de citar (Miranda, Simón Rodríguez, Bolívar, Petion, José María de Heredia...) vienen a demostrar que existe lo que podríamos llamar un humanismo caribe. Nuestros grandes hombres nunca limitaron su acción, su pensamiento, su ejemplo, al ámbito propio, sino que se proyectaron hacia

---

<sup>7</sup> Jean Starobinski. *La relación crítica*, Madrid, Taurus-Cuadernos para el diálogo, 1974, pág. 210.

los pueblos vecinos. Hubo intercambio de hombres como hubo interpretación de ideas. Hubo siempre entre nosotros un anhelo de entendimiento mutuo dentro de aspiraciones que nos eran comunes.

Como Carpentier, también Benítez Rojo ha comprendido que el mestizaje caribeño, su sincretismo, desborda ese ámbito específico y recorre la historia del mundo en una red de flujos conectados a otros flujos.

En *La isla que se repite*, Benítez Rojo considera a la novela que se hace en el Caribe una de las más espectaculares del mundo y cita para demostrar esa afirmación a Guillermo Cabrera Infante, a Pedro Mir, a Luis Rafael Sánchez, a Gabriel García Márquez, a José Lezama Lima y al recién desaparecido Severo Sarduy.

Son autores muy distintos, pero efectivamente en muchas de sus novelas han exhibido esa necesidad de enmascaramiento divertido de la historia. La lejana y la reciente.

Benítez Rojo debe estar en esa nómina. *El mar de las lentejas* es su *performance* particular, su espectáculo intransferible. Su fiesta de textos.

Aunque no es sólo la literatura del Caribe la que goza de ese carácter de encrucijada.

El escritor triestino Claudio Magris, autor de *El Danubio*, una de las novelas europeas más originales de este siglo y una de las muestras más significativas de la denominada «literatura de frontera», en una visita a Canarias, en la primavera de 1990, nos decía algo sobre su origen y su militancia literaria que puede servirnos para entender la literatura de zonas como el Caribe.

Decía Magris:

Nací y he crecido en Trieste, ciudad que ha sido muchas veces puente y al mismo tiempo obstáculo al encuentro de realidades diversas, y tal vez por ello, la literatura, para mí, es esencialmente un viaje, una odisea a la búsqueda de constatar barreras y deshacer el mito de «la otra parte», de comprender que cada uno de nosotros es tanto de esta orilla como de la otra parte del río, que Cada Uno, como en la sacra representación medieval, es el Otro... Me he acercado al Danubio, sobre el agua y sobre el papel, para intentar la aventura de reconocirme también en «la otra parte».

La incierta identidad de frontera nos obliga a triestinos, a canarios y a caribeños a contar con «el otro».

Y eso ha hecho Benítez Rojo al querer hablar de sí mismo, de su Caribe y del nuestro, de su Atlántico y del nuestro.

De vuelta a Italia, el mismo Magris dejó escrita en la tercera página del «Corriere della sera» unas impresiones sobre su visita a Canarias, y entre otras palabras, escribía éstas:

El mar, en español, es masculino, como en italiano, pero la gente de la costa, que tiene que vérselas con él concretamente, físicamente, lo llama «la mar», en femenino. La épica marina es también —y sobre todo— terrible: naufragios y tempestades, dolor y distancia, pero no es jamás abstracta o ficticia. Acaso por esto puede ser símbolo, a pesar de tanto furor devastador, de la armonía...

De la armonía y de la vecindad. El mar como diálogo. Esa sensación deja en nosotros una novela como *El mar de las lentejas*, una novela del Caribe que no se conforma con ser sólo eso. El desbordamiento de lo caribeño en narrativa lo ejemplifican, entre otras, novelas como *Concierto Barroco* o *La consagración de la primavera* de Carpentier.

Curiosamente, Saint-John Perse escribió antes de su muerte a Alejo Carpentier para felicitarlo por la descripción que el novelista cubano había hecho en *El Siglo de las Luces* de la isla Guadalupe, un lugar tan vinculado al poeta antillano-francés, y para invitarlo a conocerla.

Salvando las distancias de nuestras respectivas personalidades, también yo tuve ganas siempre de invitar a Antonio Benítez Rojo a visitar Tenerife, de la que había hablado con tanto acierto, sin conocerla, en su *El mar de las lentejas*. En marzo de 1994, ese deseo recíproco quedó satisfecho y ahora, en 1999, que Antonio Benítez Rojo ve reeditada su novela en España, en la misma editorial Casiopea que ha dado a conocer su citado y extenso ensayo sobre su Caribe del alma, yo cumpla de nuevo con él al recordarle a los nuevos lectores de su fábula algunas de sus originalidades.